

# VENGANZA DE MARINO

Por el Teniente de Navío  
FRANCISCO MANCISIDOR O.

Se acercaba el retorno a la base, las maniobras de invierno tocaban a su fin, los oficiales y marinería que iban a disfrutar de licencias y permisos, preparaban sus maletas y talegones, respectivamente, para hacer uso de aquéllas. Pero, antes que nada, había que asistir a esa ceremonia tan celebrada y de tanta trascendencia ante el personal de una armada; es decir, el pintado de la chimenea de la clásica "E."

Formaba parte y con el cargo de oficial de artillería en el crucero "N. B.," el teniente de navío especialista en tiro naval. Juan Santibáñez, quien era considerado entre sus compañeros como el oficial más distinguido y, por ende, el más acreedor a la consideración de sus superiores. Para no faltar a la regla anualmente por él establecida, el crucero "N. B.," había sido mencionado de una manera especial en la orden del día de la flota, citándose el alto porcentaje de aprovechamiento de sus prácticas de tiro.

El teniente de navío Juan Santibáñez, preparaba a su vez sus maletas, en virtud del llamado que le hiciera el Ministerio de Marina, quien le encomendaba la delicada misión de marchar al extranjero para conocer la transformación que habían sufrido de acuerdo con los adelantos modernos, las direcciones de tiro.

Por estar el Ministerio de Marina en una ciudad interior del país, Juan veíase obligado a sufrir las befas y gritos destemplados, que se podrían traducir en... "Marinero de agua dulce," de una chiquillería mal educada y azuzada como jauría por el cazador; por una jovencuela que no concebía en su mentalidad raquílica, que un uniforme azul y tocado blanco, estuviera en esa, según ella, paseándose y divirtiéndose sin provecho para la Patria.

Ella, Elena, no conocía del mar más que aquellas fantasías que habían tenido acogida franca en su espíritu de muchacha juvenil y bullanguera.

Juan que ya era conocido en la ciudad a través de su uniforme, desapareció de una manera misteriosa, causando con ello la consiguiente sorpresa en la chiquillería de que hemos hablado. El había marchado al puerto de salida, a embarcarse en uno de los buques de la "C. L. S. S.," que periódicamente establecía la comunicación con los países allende el Atlántico. Dicho buque llevaba por nombre "Buena Ventura," el cual era el representativo del orgullo y altivez de la compañía.

El hermoso paquebote "Buena Ventura," aproaba su destino con 600 pasajeros en sus alojamientos.

La vida transcurría monótonamente a bordo, salvo en ocasiones, en que el capitán del buque, de acuerdo con los reglamentos de la compañía ordenaba la ejecución de ejercicios de abandono de buque, zafarrancho de incendio, hombre al agua, etc., etc., los cuales aunque simulados, no dejaban por eso de alterar el sistema nervioso de los pasajeros poco acostumbrados a tales achaques.

Una noche después de escuchar el bello concierto que formaba parte del programa de diversiones y cuando el pasaje se entregaba al descanso, se dejó oír el silbato de alarma, llenando de pavor y angustia a la población flotante.

Un incendio de proporciones alarmantes se había declarado sin motivo aparente, poniendo en peligro la vida de la nave, que en pocos momentos se había convertido en una inmensa hoguera, la cual iluminaba el horizonte, con dantescos reflejos.

La acción conjunta del mando del buque, oficiales y tripulación, no se daban abasto para proceder en orden al salvamento del pasaje, el cual hallábase poseído de sin igual pánico, dando con ello lugar a escenas que traían a la mente pasajes apocalípticos.

Juan, por ética marina, ayudaba en lo posible a la organización del salvamento, viéndose obligado en múltiples casos a hacer uso de su energía; y, así pudo darse cuenta de un cuadro por demás dramático: en la cubierta de paseo veíase a una joven que arrastraba penosamente un sillón de ruedas, en donde se adivinaba la existencia de una persona lisiada.

Juan, dentro de la confusión y el desorden reinante, se acercó con la mayor rapidez posible, a los autores de aquel drama; pero, ¡cuál no sería su sorpresa al observar que la persona que inútilmente trataba de abrirse paso entre la multitud enloquecida, era aquella Elena que en la ciudad interior de su lejana patria, azuzaba a la chiquillería, para calificarlo en los

términos que tanto le habían ofendido. A pesar de sus recuerdos, y haciendo caso omiso de ellos, silenciosamente tomó entre sus brazos a la persona que estaba sentada en el sillón y con energía singular y luchando contra la muchedumbre, logró abrirse paso, dejando a salvo en uno de los botes, el cuerpo del padre de Elena, a quien aprisionaba entre sus brazos.

El siniestro tocaba a su fin, el "Buena Ventura," que fuera no hacía mucho tiempo el orgullo de la ingeniería naval, no era más que un hacinaamiento de hierros retorcidos y maderos crepitantes, que saltaban como poseídos por espíritus infernales.

Varios botes habían zozobrado y distinguíanse centenares de cuerpos humanos, que emergían del agua, impulsados por el espíritu de conservación, luchando desesperadamente con un deseo incontenible de salvarse.

Otros botes iban prácticamente vacíos, pues en ese caso como en otros similares, la fuerza se había impuesto y los hombres cuyas fuerzas físicas podrían haber contribuido, para la salvación de sus semejantes, poseídos de pánico se alejaban del lugar del siniestro, con la obsesión fija en su mente de perderlo de vista cuanto antes.

A bordo del antes orgulloso buque sólo quedaban tres personas, el capitán, Elena y Juan.

El primero, fiel a la tradición, sólo esperaba el embarque de los últimos naufragos en el bote que se encontraba acoderado al buque, para poner fin a su existencia gloriosa, que había llevado con honor por los siete mares del mundo, el pabellón de su noble patria.

Juan, por su parte, tomó dulcemente y al mismo tiempo con energía, entre sus brazos, el cuerpo frágil y bello de Elena, depositándolo en el único sitio disponible en el bote, el cual se alejó como avergonzado del "Buena Ventura," que desaparecía lentamente en las profundidades del océano.

Todas las tardes al morir el día, y cuando las sombras de la noche tienden a cobijar la ciudad costanera, se ve a una joven enlutada, dirigir sus pasos a la playa y desde donde su pensamiento y vaga mirada, acompañan al astro rey en los últimos momentos de su carrera.